El dolor es inevitable, el olvido duele, la soledad duele, el amor duele, la felicidad y falta de ella… duelen.

Es adictivo, hay veces en las que simplemente no puedes parar de sentir dolor, veces en las que lo único que quieres es sentir, sentir algo, lo que sea, recordar que sigues vivo.

Te lastimas, sientes, sufres, te duele, pero de cierta forma, te liberas y eres libre de dañarte, una libertad rara, lo sé, pero el concepto de libertad no tiene un significado fijo.

A veces me sorprendo dejándome caer en ese abismo, consciente de ello. Caigo… y caigo… no para; la sensación de vértigo sigue, las mariposas en el estómago, pero, sobre todo, la sensación de un gran vacío imposible de llenar. El pozo es infinito.

En cierto punto, se me olvida el hecho de estar cayendo y quedo suspendida, en penumbra, en oscuridad, soledad, dolor, tristeza, angustia, soledad, sentimientos, emociones que me brindan paz: paz enfermiza pero existente.

A veces, como dije antes, solo quiero sentir algo, pero la mayoría del tiempo solo quiero dejar de sentir, dejar de respirar, dejar de existir… morir.

Fuerte, ¿no? la muerte.

Pero no es precisamente muerte, es ausencia, quieres estar ausente, dejar de existir. Al morir una parte de ti se queda, al menos eso creo, por eso, “muerte” no es la palabra correcta para expresarlo.

No existir es tentativo, pero se requiere mucho talento para ello.

Quiero gritar

Quiero llorar

Quiero vivir

Quiero morir

Quiero reír

Quiero no existir, pero… existir.

¿Indecisa? Se puede decir que sí.

No lo sé.

Sólo quiero vivir viviendo

y/o morir en el intento.